

## EN VILLA GRIMALDI CONOCI A GUILLERMO BEAUSSIERE ALONSO:

Jorge Amaro Toledo<sup>1</sup>

Vivo en el país de los silencios, los mismos silencios que explican hoy esta "reconciliación" que se creía alcanzada, pero que es tan frágil. Pero el silencio es de una parte de nuestra sociedad. Los acallados, los que no tenemos el mismo acceso a los medios de comunicación, al foro público, por que hicimos depósito de confianza en representantes políticos que negociaron la vuelta a la democracia, que hoy, escandalosamente verificamos que fue mucho más concordada con los actores del horror que actuaron como ejecutores, que con los actores del horror que fuimos víctimas. Hoy, en nuestros medios no existe prácticamente la expresión de las agrupaciones de familiares de detenidos desaparecidos, de los sobrevivientes testigos, de las diferentes agrupaciones de derechos humanos. Hoy, tienen expresión en nuestros medios, los políticos de derecha y de centro, los empresarios y los juristas y abogados que no pueden explicarnos aún como es que han dilatado tanto el tema de la verdad y más importante aún, de la justicia, obviamente que también tienen expresión los militares y la Iglesia.

Yo he vivido en el país de los silencios desde los últimos 13 años que regresé de un exilio de 10 años en México, he sido cómplice también de este silencio, por que permití que otros hablaran, aún cuando no hablaran. Quizás por esto, y por tantas cosas que han pasado por mi corazón en estos días, es que quiero romper este silencio.

Quiero hablarles de una persona que conocí en Noviembre de 1974, estimo que entre el 26 de noviembre al 7 de diciembre de 1974. Esta persona era Guillermo Beaussiere Alonso, según sé hoy, él tenía a la sazón 27 años, yo tenía solo 22.

Nos conocimos en el terror más atroz, nos conocimos cada mañana o cada tarde, (porque no teníamos noción del tiempo por nuestra condición de vendados y amarrados a precarias sillas o camarotes de metal), cuando llegaba un vehículo con un sonido de motor característico, era el auto del jefe, al parecer el Coronel Marcelo Morén Brito, y sabíamos que en ese momento empezaba la otra parte del infierno, el de los sonidos ajenos, el de los sonidos de hombres y mujeres que eran diariamente torturados a escasos metros nuestro. Esperando incluso a veces en el extremo de la desesperación, que también vinieran por uno, por que la espera y los gritos, eran tan terribles como la tortura sobre uno mismo, con la posibilidad que el infierno terminara pronto.

Nuestra vida se dividía en dos grandes momentos. Cuando llegaba cada día el vehículo del Coronel y empezaba la larga sesión. Nunca sabíamos si era día, tarde o noche, era algo así como continuo. Aún recuerdo como mi cuerpo temblaba con el sonido del vehículo, con los ruidos de puertas, risas, burlas y palabrotas de los guardianes. Recuerdo que todos nuestros cuerpos temblaban y ahí el silencio se hacía más profundo entre nosotros. Era una sensación tan profundamente brutal que sentíamos en ese momento, que aún hoy, casi treinta años después aún la recuerdo como indescriptible. Encerrados en sí, encerrados en nosotros mismos y un miedo, un pánico que nos recorría a cada uno de nosotros y que nos rodeaba.

Otro momento era el silencio lleno también de miedo, que sentíamos cuando los torturadores se iban a sus casas y empezaba nuestro cerebro a producir las imágenes que nos mantenían vivos y enteros, imágenes de nuestros seres queridos, imágenes de pasado, imágenes de futuro que con todo nuestro optimismo queríamos creer. A veces, cuando nos sentíamos solos, sin la presencia de los guardias, casi con desesperación empezábamos a contarnos quienes éramos, por que estábamos ahí, cómo podíamos ubicar a nuestras personas, en la eventualidad de salir libres o en libre plática, o cuando fuéramos reconocidos como prisioneros por la Cruz Roja Internacional.

---

<sup>1</sup> El autor estuvo detenido entre el 18 de Noviembre de 1974, hasta el 29 de Septiembre de 1975. Estuvo en diferentes centros de detención: José Domingo Cañas, Villa Grimaldi, Tres y Cuatro Alamos, Puchuncaví. En el mes de marzo de 1976 salió a México en donde permaneció hasta el 5 de Octubre de 1985. Es viudo y separado con cuatro hijos. Estudió Sociología en Concepción hasta septiembre de 1973 cuando fue expulsado de la Universidad, continuó estudios en México y finalizó sus estudios, acogándose a una disposición especial de reincorporación de los exonerados por motivos políticos en el año 1993. Actualmente trabaja como investigador en el Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación, CIDE, Santiago de Chile. Es miembro de la agrupación de sobrevivientes testigos y socio de la Corporación Parque de la Paz de Villa Grimaldi.

Así nos conocimos con Guillermo Beaussiere, alguna vez estuvimos sentados juntos, muy cerca y podíamos conversar apenas susurrando por que era grave que nos sorprendieran haciéndolo. Guillermo estaba tan asustado como yo, o quizás más, por que intuía que su situación era muy complicada, había salido fuera del país, con su pasaporte inglés que creía le aseguraba inmunidad. Había salido hacia Inglaterra, pero en tránsito había sido detenido en Argentina. El sabía que era muy grave por que tenía registrada su salida de Chile en el pasaporte, pero no tenía registrado su brutal ingreso nuevamente y estaba no sólo en Chile, sino en medio del horror más atroz. Estaba seguro que no lo iban a devolver nuevamente a Argentina, a Inglaterra, ni siquiera lo podían dejar en las calles de Santiago, o hacerlo reconocer como prisionero por la Cruz Roja. Estaba viviendo intensamente la posibilidad de no ser liberado jamás. A todos nosotros, siempre nos quedaba una ilusión, que era más bien, una aferrada esperanza a la vida y en los peores momentos imaginábamos como sería este renacer a la vida. Guillermo no tenía siquiera este consuelo.

Guillermo, más que un detenido por méritos propios, era más bien un rehén, a la que buscaban intensamente era a su hermana Mary Ann, que era la compañera de uno de los dirigentes del MIR más buscados en ese momento. Andrés Pascal Allende. Es decir, no era a él a quién buscaban, sino a su hermana. Ya habían pasado los primeros días de su interrogatorio que eran siempre, por regla general, los más duros. Mary Ann no había podido ser capturada, pero a él lo mantenían cautivo. Recuerdo de manera especial dos cosas de él. Una vez, en visitas que hacía al parecer el coronel Moren a la sala en dónde habíamos 15 o 20 detenidos, todos vendados o amarrados, iba siendo informado por un subalterno de cada uno de nosotros y él profería amenazas e insultos de manera personal. Recuerdo dos cosas de ese coronel, una voz muy fuerte y ronca, una voz especial que hoy la reconocería inmediatamente, y otra cosa que recuerdo, el perfume que utilizaba, era Flaño, según después pude darme cuenta. En esa ocasión el coronel amenazó a Guillermo con algo así como: "Este ya no nos sirve, le vamos a pasar la camioneta encima".

Al paso de los años supe que esa fue una práctica muy habitual de exterminio y de tortura, e incluso hoy en el Parque de la Paz, en lo que fuera alguna vez la Villa Grimaldi, está señalado el sector en donde se producían esos atropellamientos. Con esto no quiero decir que ese fue el final de Guillermo, pues de él nunca más supe, pues yo salí los primeros días de diciembre de Villa Grimaldi y él se quedó ahí. También recuerdo a otros hombres que estaban conmigo y se quedaron: Ariel Santibáñez, que tenía una gran esperanza en las gestiones que podía hacer su padre, al parecer con muy buenas vinculaciones al gobierno, el "mechón" Riffo, que lo conocía de antes por que era dirigente de la Universidad de Concepción. Estaba también un padre y su hijo al que sometían sistemáticamente a torturas.

Otra cosa que recuerdo de Guillermo era su deseo que le contáramos a la diputada Laura Allende que él había sido detenido. La diputada Laura Allende, hermana del presidente, estaba detenida en el sector de cuatro alamos, en el sector de incomunicados. Siempre he pensado que uno de los compromisos más nobles que he podido cumplir, fue haberle contado a Laura, que Guillermo estaba en Villa Grimaldi.

Cuando pasábamos al pabellón de incomunicados, que era algo así como una suerte de pasaporte a la vida, por que ahí nos recuperábamos de esos días atroces de los diferentes centros de tortura, aún en la inmensidad del silencio y del terror que cada día sentíamos frente a la posibilidad de ser requeridos de nuevo, existía lo que llamábamos el teléfono. Este era un sistema que utilizábamos para transmitirnos los recados a través de los muros. Datos simples que nos podían ser de gran utilidad: nuestro nombre, el lugar de dónde veníamos, las personas que habíamos visto. En esa oportunidad mencioné a Guillermo y me llegó como respuesta el dato que Laura se había enterado y me lo agradecía. La ex diputada Laura Allende falleció algunos años después, pero estoy seguro que ella hizo muchas gestiones por Guillermo y otros.

Muchas veces he pensado acerca del sentido que ha tenido la vida para mí, después de haber abandonado el horror. Es un horror que he tenido que incorporar a mi vida en forma de pesadillas, de recuerdo ingratos y especialmente cuando me he preguntado innumerables veces acerca del sentido de haber sobrevivido. Hoy, cuando la comunidad internacional me permite darme cuenta que no sólo Guillermo está vivo en la conciencia internacional, percibo que también tengo la posibilidad de contarme entre los vivos, con mi testimonio, con mi frágil memoria, con todos mis dolores que ofrezco para que se conozca la verdad y se pueda hacer justicia.

Pertenezco a la agrupación de sobrevivientes testigos, agrupación que formamos todos aquellos que sobreviviendo, tenemos el compromiso de seguir denunciando hasta el cansancio lo que pasó en esos días, en

esos años. Convencer a los familiares y amigos de los desaparecidos que aún es posible presentar querellas contra los criminales, que aún es posible mantenerlos con vida frente al dolor de una humanidad que a veces la vemos cautiva en manos de la maldad que lo niega todo, que apela a sentidos patrióticos que no dicen nada, cuando se le ha herido el alma a nuestro espíritu nacional, a nuestra convivencia como nación civilizada, cuando se le arrancaron a muchos de sus hijos en un afán de venganza ciego y sordo. Nuestro país, en un verdadero sentido patriótico necesita saber la verdad y establecer la justicia, aún en su corta medida. Solo de esa manera podemos alcanzar la verdadera democracia y la libertad de espíritus realmente libres que reconociendo sus errores y horrores, le den una segunda y tercera oportunidad a las generaciones que vienen.

Tengo la imagen del miedo mío y de Guillermo en estos días. Guillermo tiene una historia, fue un ser humano que pocos saben exactamente lo que padeció, invito a todos a pensar en él, y a los que saben algo más de él, que también lo compartan, para que vayamos cerrando esta historia del horror, no con animo revanchista, sino que, precisamente, para que nunca más nos pase. Para que nuestros hijos puedan vivir en una Patria realmente restaurada.